

El presidente de la República francesa en España

Éxito feliz

M. Poincaré está ya en Cartagena y a bordo de un buque de su país, es decir, en Francia: aun han de celebrarse actos que consoliden y definan aún con más precisión, si es necesario, lo hecho en París hace algunos meses y en Madrid durante los últimos días; pero ya nadie puede dudar, y en realidad nadie duda del feliz éxito que la labor internacional del Gobierno ha logrado.

El éxito felizísimo de la labor de aproximación a Francia ha sido producto de factores diversos, algunos de los cuales hemos señalado en artículos anteriores; pero nadie puede negar que uno de esos factores ha sido la acción directa del Gobierno preparando con acierto indiscutible las visitas de D. Alfonso XIII a París y de M. Poincaré a Madrid, y confirmando así con la consagración de los actos populares una política de cordialidad que no puede menos de ser altamente simpática a los dos países: si antes eran el Gobierno francés y el español los que afirmaban esa amistad, ahora, con el viaje a París, primero, y en éste a Madrid, ahora, han sido los dos países, Francia y España, los que han sellado esa amistad con actos de mutuo conocimiento, primero y de mutua y consiguiente simpatía, después.

Los discursos en el banquete de Palacio, que comentamos oportunamente con merecido elogio, y la nota oficiosa que en otro lugar pueden ver nuestros lectores, y que ha sido facilitada simultáneamente por los Gobiernos de París y Madrid, definen muy exactamente el alcance de la obra realizada; la utilidad que de ella ha de resultar a España es muy patente: no necesitamos, pues, enojarla.

Ni siquiera queremos señalarla como dato para la formación de ulteriores juicios a los que extrañaban que el Gobierno, por boca de su presidente, afirmase la necesidad de consagrar atención casi exclusiva a la visita de M. Poincaré: los que llegaron a afirmar que no comprendían que el Gobierno se preocupase tanto de esa visita y dijeron que España había demostrado ya suficientemente que sabía recibir a sus huéspedes, se habrán convencido de que toda preocupación era necesaria porque se trataba de algo más que un acto de cortesía, y España entera aplaudirá hoy el paréntesis, absolutamente necesario y de cuya utilidad puede juzgarse por los efectos de la entrevista, tan favorable para nuestro país.

La recepción de despedida en la cámara de M. Poincaré se verificó a las siete de la noche. Al acto concurrieron primeramente SS. MM. las Reinas D.^{as} Victoria y D.^a María Cristina y todos los infantes, y seguidamente, los jefes de Palacio, el obispo de Sión, los ayudantes de S. M. y la oficialidad de Alabarderos y Escolta Real.

M. Poincaré expresó su gratitud por la afectuosísima hospitalidad que le dispensó Madrid, y dijo que el recuerdo que lleva a su país será tan grato como eterno.

A las ocho menos cuarto salieron del Alcázar el Rey y el presidente de la República, con el séquito.

En Palacio fueron despedidos por la Real Familia y altos funcionarios palatinos, D. Alfonso vestía uniforme de almirante, de diario, y M. Poincaré, de levita.

La comitiva se puso en marcha en la forma siguiente: Primer automóvil: Señor presidente y S. M. el Rey. Segundo automóvil: M. Pichon, M. Mollard, marqués de Viana y general Aznar. Tercer automóvil: General Beaudemoulin, M. Martin, general marqués de Valtierra y viceministro Rodríguez Vela. Cuarto automóvil: Coronel Bouhaguet, teniente coronel Foulon, D. Eugenio Ferraz y general conde del Grove. Quinto automóvil: Teniente coronel Tullion, teniente de navío barón d'Huart, conde de Aybar y teniente coronel Rivas. Sexto automóvil: M. Villet, M. Pognon, capitán de corbeta Montos y teniente de navío Nardiz.

El automóvil que conducía al Monarca y al presidente salió por la Plaza de Armas. Por las calles Mayor y de Ciudad Rodrigo, plaza Mayor y calle de Atocha fué a la estación de Mediodía.

Parte de la comitiva, desde Palacio, siguió por las calles de Carlos III, plaza de Isabel II, Arenal, Puerta del Sol, Carrera de San Jerónimo, al paseo de Trinitarios.

En la estación.—Vitores y aplausos. En las inmediaciones de la estación de Atocha se congregó numeroso público,

contenido a duras penas por fuerzas de Seguridad, de a pie y de a caballo.

Los automóviles que conducían al presidente y al Soberano, como los del séquito, pasaron por entre las filas del público, que prorrumpió en vitores y aplausos.

Una compañía del regimiento de León, con bandera y música, entonó La Marsellesa, primero, y después, la Marcha Real, cuando la comitiva entró en el andén.

M. Poincaré iba a la derecha del Rey, y en esta forma los dos jefes de Estado revisaron la fuerza armada.

El presidente de la República pasó por entre las filas que formaban las personalidades que habían acudido al andén y saludó a todos, primeramente a los infantes D. Alfonso y D. Fernando.

También conversó con otras personalidades, y cuando cambió los saludos de rigor, el presidente y el Rey, con el conde de Romanones, M. Pichon y el Sr. López Muñoz, ocuparon el vagón, acomodándose a sus ventanillas.

A las ocho y cinco minutos se dio la salida, y el tren partió, tributándose a monsieur Poincaré y a S. M. el Rey afectuosísimas despedidas.

El tren real. El convoy real era ordinario, convertido en especial y formado por diez unidades. Su peso era de 310 toneladas.

La locomotora iba pilotada por el maquinista jefe y el ingeniero mecánico señor Bertrán y Musitu.

En los coches inmediatos al regio iban el embajador de Francia, M. Geoffroy, con su secretario particular y los agregados naval y militar; el director de la Compañía de ferrocarriles, el administrador delegado, el ingeniero jefe del Movimiento, Sr. Arrillaga; los ingenieros jefes de Vías y Obras y Tracción, el Sr. Brocas, el jefe de la rama especial de S. M., Sr. Machado; el marqués de Viana, el general Aznar, el viceministro Sr. Rodríguez Vela, el ayudante de D. Alfonso y el embajador español en París, Sr. Villanueva.

En los andenes estuvieron presentes el inspector de Seguridad, Sr. Blanco; el subdirector, Sr. Ródenas, y el comisario general, Sr. Martínez Campos.

DE CARTAGENA

(POR TELEGRAMA)

(DE NUESTRO REDACTOR SR. SUÁREZ)

Corrida suspendida.—Desembarco del ministro.—Visita de Comisarios.—Animación.—Vuelos.

Cartagena 9.—A causa de la lluvia ha tenido que suspenderse la corrida, creyéndose que el sábado se podrá celebrar, y se procurará que asista a ella S. M. el Rey.

A las cinco de la tarde ha desembarcado el ministro de Marina, Sr. Gimeno, paseando en carruaje por la población, acompañado del comandante general del apostadero y del almirante jefe de la escuadra.

El almirante francés M. Lapeyrière cumplió al ministro a bordo del acorazado Carlos V, devolviéndole a poco la visita el Sr. Gimeno, que vestía de uniforme, acompañado de sus ayudantes.

El Sr. Gimeno desembarcó, marchando a la Capitanía General, donde le esperaban para conferenciar con él el alcalde, el gobernador civil, el gobernador militar, el comandante general del apostadero y el almirante Sr. Pidal.

La conferencia, que fué extensa, versó sobre el programa de recepción y festejos durante la estancia en Cartagena del Monarca y de M. Poincaré, tratándose además de la adopción de medidas especiales de orden.

Se encuentran aquí cerca de 200 policías, la mayoría extranjeros.

De Valencia y Barcelona han llegado algunos más.

Todos ellos recorren la población formando grupos.

Una Comisión de la Junta de Obras del puerto, presidida por el ingeniero-director D. Francisco Albacete, y los vocales señores Zapata y Gargazza, visitó al ministro de Marina para hablarle del proyecto de reformas del puerto tanto en la parte civil como en la militar.

El Sr. Gimeno contestó que tanto el Gobierno como S. M. el Rey estaban grandemente interesados no sólo en la realización de dichas obras, sino en el abastecimiento de aguas de la población, siendo muy posible que en breve se presente el oportuno proyecto de ley.

También visitó al ministro de Marina una nutrida Comisión de la Cámara de Comercio para pedirle la apertura de la Escuela de Administración Naval. El Sr. Gimeno se mostró muy reservado y despidió de la Comisión sin prometer nada.

Otra Comisión, de la Sociedad Constructora Naval, presidida por el consejero señor marqués de Botargui y el director-gerente, Sr. Onzarrete, a quienes asessoraba el ingeniero-jefe de los trabajos, visitó al Sr. Gimeno para tratar con él de la visita que hará S. M. el Rey al arsenal.

Por la noche, y a bordo del Carlos V, se verificó una comida con que el ministro obsequió a los comandantes de los buques españoles.

La población presenta animadísimo aspecto, habiéndose comenzado a instalar las iluminaciones y a decorar los edificios con colgaduras.

Es tal la afluencia de forasteros que hoteles, fondas y hospedajes están abarrotados de gente.

El aviador Demazel ha realizado esta tarde preciosos vuelos de altura y duración sobre la población y la bahía.

Llegada del tren real

Aspecto de la población.—El Rey y M. Poincaré en Cartagena.—Aplausos y aclamaciones.—Alcación del alcalde.—Al embarcadero.

Cartagena 10.—La población presenta hermoso aspecto por la forma y profusión con que se halla engalanada.

Los embarcaderos y el muelle están

adornados con plantas, flores y banderas francesas y españolas, entrelazadas.

Los trenes mantienen a distancia enorme gentío que desde las primeras horas de la mañana comenzó a acudir a los sitios por donde había de pasar la comitiva.

El tren real ha llegado a la estación a las nueve y media en punto.

Esperaban al Rey y a M. Poincaré el ministro de Marina, todas las autoridades y enorme público, que prorrumpió en aclamaciones al descender S. M. y el presidente del vagón.

En la estación tributaron los honores una compañía de Infantería, con bandera y música, y otra de Infantería de Marina.

Al descender el convoy el primero en aparecer fué S. M., descendiendo después M. Poincaré.

El ministro de Marina y las representaciones oficiales se adelantaron, leyendo el alcalde una alocución de bienvenida.

Después de los saludos y presentaciones el Rey y el presidente revisaron las tropas y se organizó acto seguido la comitiva, prorrumpiendo el público en aclamaciones al Rey, a M. Poincaré y a España y Francia.

A las nueve y cuarenta y cinco llegó la comitiva al embarcadero, ocupando el Rey y M. Poincaré las chalupas que los condujeron a los acorazados Diderot y España, siendo despedidos con grandes aclamaciones y a los acordes de las bandas de música.

Detalles de la llegada.—Al «España» y al «Diderot».—La escuadra española.—Un vistazo a la Compañía.—Entusiasmo en la población.—Saludos a S. M. y a M. Poincaré.—Aplausos al conde de Romanones.

Cartagena 10 (12.57).—Acto seguido de llegar el Rey y M. Poincaré, y después de hechas las correspondientes presentaciones, S. M., con los señores conde de Romanones, Gimeno, López Muñoz, Villanueva, Aznar, marqués de Viana, conde de Aybar y demás personas de su séquito, dirigidos al «España» en un bote de vapor del acorazado, mientras M. Poincaré, con M. Pichon y su séquito, se trasladaba al Diderot.

Fué un momento emocionante. Los barcos españoles hacían salvas en honor del Rey y del presidente de la República francesa.

Nuestra escuadra hallábase fondeada en el interior del puerto. Al lado del «España» estaban el Carlos V, el Cataluña, el Estremadura, el Reina Regente y el Príncipe de Asturias.

Junto al embarcadero, dos destroyers franceses, y enfrente, los torpederos españoles, recientemente construidos, números 1, 2, 3, 4 y 5.

Los buques y todas las embarcaciones surtas en el puerto, hasta la más pequeña, estaban empavesados con banderas francesas y españolas, e igualmente los torpederos 6, 7 y 8, que se hallan todavía en el arsenal.

Pendentes de entrega.

Los buques de guerra también hallábase el Bustamante y el Villalón.

Las factorías de Pinarroja aparecían magníficamente adornadas.

Los marineros todos de la escuadra, sobre cubierta y en las vergas, daban vivas a M. Poincaré, al Rey, a Francia y a España, y aclamaciones idénticas salían de la multitud que ocupaba multitud de ligeras embarcaciones en la bahía.

Millas de personas situadas en las murallas y coronando las alturas próximas y los castillos, y que habían invadido los muelles, contemplaban el espectáculo, curioso, y hacían oír sus vitores, entre el incesante disparar de los barcos y de las baterías de los castillos que defendían el puerto.

El día espléndido, caluroso, contribuía también por su parte a la mayor brillantez del acto.

El aviador francés Damazel salió en monoplano al encuentro del tren real, y después de cruzar el espacio sobre la población voló sobre el mar, evolucionando sobre los muelles y cruzó sobre el «España», dejando caer en el buque un ramo de flores, adornado con lazos de los colores franceses y españoles, que contenía un expresivo saludo al Rey y a M. Poincaré.

El entusiasmo de la población es realmente indescribible.

Los periódicos dedican cariñosas saluciones a M. Poincaré y a S. M., y tributan aplausos al conde de Romanones, exhortando al pueblo a que signifique su agradecimiento al presidente del Consejo por la construcción del Instituto.

A bordo del «España».—Condecoraciones.—M. Poincaré visita el «España».—Visita al «Inflexible».

Cartagena 10.—Tan pronto como Su Majestad el Rey llegó al acorazado España descendió a la cámara que se le tenía preparada en el buque, mientras el ministro de Marina, Sr. Gimeno, entregaba sobre cubierta las condecoraciones francesas que M. Poincaré había concedido a los almirantes Sres. Pida y Miranda y a los jefes de los barcos de la escuadra, conforme a las prácticas del Protocolo.

Al llegar M. Poincaré al acorazado Diderot fué recibido por el almirante Lapeyrière, haciéndole los honores de ordenanza.

A las once de la mañana salió el presidente, M. Poincaré, con su séquito, del acorazado francés Diderot, dirigiéndose en una lancha de vapor al «España», donde esperaba formada la marinería.

acompañaban al presidente el almirante Boné de Lapeyrière, M. Pichon y su séquito.

En medio de salvas y aplausos, M. Poincaré fué recibido al llegar al acorazado España por el comandante del mismo, que le hablaba al pie de la escalera, por el Rey y los señores marqués de Viana, Quiñones de León, Pidal, conde de Romanones, Gimeno y Muñoz.

El Rey se adelantó a recibir al presidente en la escala de estribor, llamada de oficiales.

La música de la escuadra saludó la entrada de M. Poincaré a los acordes de La Marsellesa, mientras la marinería daba los vivas de ordenanza.

S. M. vestía uniforme de almirante, de gala, con la banda de la Legión de Honor. El presidente francés llevaba la misma banda.

El «España» tenía izado el pendón real y el pabellón presidencial.

Ambos jefes de Estado recorrieron el barco, examinándolo todo. M. Poincaré elogió la construcción del acorazado.

Los acompañaron en la visita el presidente del Consejo, los ministros, los embajadores Sres. Geoffroy y Villanueva, y los individuos del Cuarteto militar del Rey.

El público, que fué acercándose al barco, prorrumpió en vivas calurosos.

La visita duró media hora. Después el Rey y el presidente, con sus respectivos séquitos, embarcaron en una lancha de vapor del Diderot, dirigiéndose al acorazado inglés Inflexible, fondeado en el antepuerto, con arreglo al Protocolo.

Al pasar la comitiva frente a los buques franceses las tripulaciones de éstos dan hurras frías, a los acordes de los himnos español y francés.

A las once y media los jefes de Estado y sus séquitos abordaron el acorazado inglés, repitiéndose las salvas y los hurras.

Radiograma al Rey Jorge de Inglaterra.—D. Alfonso XIII visita el «Diderot».—Almuerzo a bordo.

Cartagena 10.—Durante su visita al Inflexible el Rey y M. Poincaré han dirigido al Rey de Inglaterra, firmado por ambos, el siguiente radiograma:

«A S. M. el Rey del Reino Unido de la Gran Bretaña, Irlanda y territorios británicos de allende los mares, Emperador de la India: Londres.

Nos unimos a agradecer a V. M. el haber enviado Inflexible a estas aguas. Hemos tenido suma satisfacción en visitar ambos juntamente este hermoso buque. Rogamos a V. M. reciba nuevas seguridades de nuestra cordial amistad.—Alfonso Poincaré».

A las doce y cuarto abandonaron el Rey y el presidente el Inflexible, dirigiéndose al Diderot, donde les fueron tributados los honores de ordenanza, visitado el buque detenidamente, especialmente la artillería y la maquinaria.

Las medidas alrededor del Diderot son verdaderas, no permitiendo a las embarcaciones particulares acercarse a menos de 200 metros.

A la una en punto el presidente conduce al Rey a popa del Diderot, donde, bajo un toldillo, se ha dispuesto la mesa, en forma de V, adornada con flores de los colores españoles y franceses, dando M. Poincaré la derecha al Rey.

Durante el banquete las músicas entonan los himnos de ambas naciones.

Brindis de M. Poincaré.

A la hora del champagne el presidente de la República se pone en pie, pronunciando el siguiente brindis:

«Señor: No quiero alejarme de las orillas españolas sin volver a decir a V. M. cuán reconocido y agradecido recuerdo el día de mi estancia en Madrid, Toledo y Cartagena, y de las maravillosas fiestas con las cuales me habéis obsequiado. He visto pasar ante mis ojos la ilustre historia de España, el dilatado cortejo de sus glorias y todas las fuerzas vivas de un presente pródigo de esperanzas.

He admirado la marcialidad del heroico Ejército español, y me congratulo de haber podido saludar en esta magnífica rada a los valientes oficiales y valerosas tripulaciones de la Marina española. También estoy muy reconocido al Rey Jorge de Inglaterra por haber enviado a Cartagena el hermoso acorazado Inflexible. Los oficiales y los marineros franceses se sienten hoy dichosos por fraternizar con sus compañeros españoles e ingleses.

En este Mediterráneo, cuyas aguas nos rodean, mar que ha sido cuna de civilizaciones, se comprometen mejor aún, si cabe, España y Francia en la comunidad de sus intereses permanentes y valiosas ventajas de su unión pacífica.

Levanto una vez más mi copa por V. M., bebo por el Ejército y por la Marina española y por la generosa nación que ha ofrecido al primer magistrado de Francia un olvidable hospitalidad».

El brindis de M. Poincaré es escuchado por el Rey de pie, asintiendo con la cabeza, en señal de agradecimiento, a las frases adivinas a la marcialidad de los marinos y militares españoles.

Al terminar M. Poincaré chocó la copa con la de D. Alfonso. Este habló en francés, y con voz firme contestó a M. Poincaré.

Brindis del Rey.

«Señor presidente: Vuestras elocuentes palabras me han llegado al corazón, y las agradezco como oficial y como jefe de los Ejércitos de mar y tierra de España, de los cuales acababa de hablar.

He de dedicar un recuerdo a la labor, no de conquista, sino de civilización y de paz, que están realizando los soldados y marinos españoles en unión de sus hermanos de otros países, que consagran sus esfuerzos al estrecho, en tierra africana, tantas veces regada con su sangre generosa, y esta sangre será para ellos la afirmación de que sirve para estrechar cada día más los lazos que deben unir a estos dos pueblos vecinos y hacer más íntima y más fecunda una inteligencia, ya cordial».

No podemos olvidar nuestra común ni nuestros comunes intereses permanentes, cuyo recuerdo avivan constantemente las aguas del Mediterráneo, que baña a ambos países.

También yo agradezco a S. M. británico haber enviado el acorazado Inflexible a Cartagena, aquí donde recibí, hace seis años, la visita del Rey Eduardo, de gloriosa memoria.

Levanto mi copa una vez más por vos, señor presidente, por el Ejército y la Marina de Francia, de los cuales tenéis el de-

recho a estar orgullosos, y bebó por la gran nación vecina y amiga».

S. M. el Rey chocó su copa con la del presidente, y las músicas tocaron los himnos nacionales de Francia y España.

Vuelta del Rey al «España».

Momentos después el presidente y el Rey abandonaron la mesa, despidiéndose el Rey afectuosamente de M. Poincaré y de su acompañamiento, y regresando con el conde de Romanones y con los señores Gimeno y López Muñoz y el resto del séquito al acorazado España, donde fué recibido con los mismos honores que a la salida.

Salida de M. Poincaré

A las cuatro de la tarde zarpó la escuadra francesa con rumbo a Marsella.

El acorazado Diderot murmuró a la cabeza de la escuadra francesa, escoltado por los cinco torpederos españoles que fondearon esta mañana.

El Sr. Gimeno presenció la marcha de la escuadra a bordo de otro torpedero.

Multitud de personas, en pequeñas embarcaciones, presenciaron el desfile de la escuadra francesa, dando vivas a Francia y a M. Poincaré.

S. M. el Rey presenció desde la cubierta del España la marcha del Diderot y de la escuadra francesa, hasta que los buques desaparecieron en el horizonte.

Programa para mañana.

Mañana por la mañana visitará el Rey el arsenal.

También se celebrará, a las once, la inauguración del Instituto, asistiendo el señor López Muñoz en representación del conde de Romanones.

Por la tarde, a las tres, se verificará el abanderamiento del España.

Las conferencias con M. Pichon

Nota oficiosa del conde de Romanones.

Cartagena 10 (12.26 t.).—El presidente del Consejo ha recibido a bordo del España a algunos periodistas.

Los ha manifestado que había redactado la siguiente nota oficiosa, que él mismo les dictó literalmente:

«Las conferencias celebradas estos días entre M. Pichon, el conde de Romanones y el ministro de Estado han versado sobre todas las cuestiones de orden político, económico y comercial que interesan a Francia y a España.

Las conferencias han evidenciado una perfecta concordancia de miras entre los representantes de ambos países.

La política en África y en Europa se prosigue, se estrecha y se desenvuelve conforme a los principios en que descansan los acuerdos de 1904, 1907 y 1912, y se inspira cada vez más en los sentimientos de inteligencia y de amistad cordial, que responden tanto a los intereses como a las aspiraciones y a las necesidades de los dos pueblos.

Los principios encuentran su natural aplicación en la política general de los Gobiernos de París y de Madrid que en las cuestiones especialmente relacionadas con la obra que se realiza en Marruecos».

Después de haber dictado esta nota el presidente del Consejo añadió que los periódicos de París publicarían esta noche otra igual, facilitada por el Gobierno francés.

Manifestó también el conde de Romanones que anoche, durante el viaje, siguió con M. Pichon conversaciones muy interesantes, y que habló brevemente con monsieur Poincaré.

Respecto a los Estatutos de Tánger, confirmó que es cuestión casi resuelta; pero que aun tardarán algún tiempo en firmarse.

«Estoy contento—dijo para terminar—de que la jornada de M. Poincaré haya transcurrido sin el menor incidente desagradable, resultando muy bien y muy satisfactoria para España».

El resumen de la expresión del viaje de M. Poincaré—agregó—se expresa en la nota que acaban ustedes de tomar.—Suárez.

El alcalde y los concejales de París

Función de gala en la Zarzuela.

Fuó la de anoche una de las mejores fiestas del programa organizado por el Ayuntamiento en obsequio del alcalde, el presidente del Consejo, general del Sena y los concejales del Municipio de París.

La sala de la Zarzuela ofrecía artístico y brillantísimo aspecto. Destacábanse de los palcos guirnaldas de flores, que contrastaban formando un bellísimo conjunto, con lámparas de diversos colores. En las butacas veíanse a muchas y bellísimas damas, realizando su hermosura con la mantilla blanca, y en todas las localidades una concurrencia distinguidísima hacía honor con su presencia a los representantes parisinos.

El alcalde de París, acompañado del de Madrid y de varios concejales madrileños, ocupaba el palco entresuelo central, y en los inmediatos de la derecha y la izquierda se hallaban varios concejales del Municipio de la capital francesa, acompañados también de otros de la capital de España.

Otros palcos entresuelo ocupabanlos los ministros de la Gobernación, Fomento y Justicia, el capitán general de la región y otras personalidades.

Pero lo que realmente constituía el esplendor de la elegantísima sala de la Zarzuela era el conjunto de mujeres hermosísimas que anoche se presentaron a la galante invitación del Ayuntamiento de Madrid para rendir el debido homenaje de afecto a los representantes de Francia.

En punto de las nueve y media comenzó la fiesta. El maestro Villa señaló a la brillante banda municipal los primeros compases de la «Bretaña» de la ópera de Lalo «La roi d'Is», y sucesivamente fué ejecutada la primera parte del concierto, con la bellísima Sinfonía de la «Fantasía morisca», de Chapi; la danza basca de «San-son y Dalia», de Saint-Saens, y una selección de la zarzuela «La Tempranica», de Jiménez.

Ocioso es decir que la banda municipal ejecutó todas esas obras con la maestría que en diversas ocasiones ha aplaudido al pueblo de Madrid.

Consta la segunda parte del concierto de la Escuela religiosa de «Les Erminyées», de Massenet, obra deliciosa y difícilísima, en que el violoncelista Sr. Villa lució su arte exquisito; un «pot pourri» de la zarzuela «El barbero de Sevilla», que el público, y especialmente los concejales parisinos, aplaudieron con entusiasmo; el compendioso «scherzo» de «El aprendiz de brujo», de Dukas, y la jota de la ópera «La Dolores», de Bretón, cuyas bellezas de sonoridad y armonía realza la banda con primoroso arte.

El público aplaudió con entusiasmo al maestro Villa y a su disciplinada corporación artística.

El festival español de cantos y bailes regionales fué presentado, después con gran propiedad.

Gustaron extraordinariamente todos; pero especialmente los de Aragón, Cataluña y las Provincias Vascongadas.

Al presentarse en escena el coro de Pontvedra Aires de Terra, que dirige el notable maestro Sr. Fajó, la impresión del público fué gratísima. Las admirables voces de los coristas, acompañadas por los sonos de la gaita, constituyen un conjunto artístico de primer orden, que para los que han vivido en el ambiente de la tierra gallega tiene un acento de exquisita delicia.

El coro de Pontvedra Aires de Terra refleja en sus cantos con una armonía y una justa y admirable todo el sentimiento que palpita en la tierra gallega. Es un coro que dondequiera que llega oír sus cantos será aplaudido con entusiasmo, como lo fué anoche por el público de la Zarzuela.

En el programa figuraban después la Guerrero y la Imperio, las dos soberanas artistas que nuestro público ha aplaudido repetidamente. La gracia, la picardía y el refinamiento con que la Imperio canta y baila todas las variaciones del género andaluz desbordaron el entusiasmo del público. Nuestros huéspedes no cesaban de aplaudir.

Por último, cerró la fiesta un brillante número, castizoamente español.

Corca de 200 mujeres, artistas todas y todas esculturales, luciendo airoso mantón de Manila, cantaron el pasacalle de «El año pasado por aguas», mientras diversos repeladores de luz daban al conjunto tonalidades de gran belleza.

El cuadro causó gratísima impresión en el público, que lo hizo repetir. A su terminación todo la orquesta La Marsellesa, y los concurrentes, puestos en pie, vitorearon calurosamente a Francia, al alcalde y a los concejales de París. Estos, puestos también de pie en sus palcos, correspondían a las manifestaciones de cariño del público con los gritos de «Viva España».

Así terminó, a la una menos cuarto de la madrugada, la gratísima fiesta de anoche, organizada por el Ayuntamiento de Madrid.

Excursión a El Escorial

(POR TELEGRAMA)

(De nuestro redactor Sr. Linares Becerra.)

